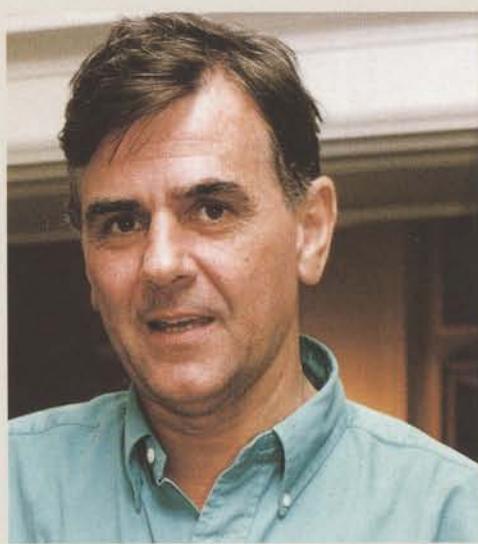


NUEVA
EDICIÓN
CORREGIDA
Y AMPLIADA
POR LOS
AUTORES

ALBERTO DODERO | INÉS MURAT



1889-1939
ARGENTINA
LOS AÑOS DORADOS



ALBERTO DODERO

Nacido en Buenos Aires, Argentina, se define como un historiador autodidacta. Ha oído desde muy joven historias y anécdotas sobre la época descrita en este libro, que concluyó luego de cinco años de ardua investigación. Con anterioridad a este trabajo, publicó un libro junto con Philippe Cros sobre los artistas franceses que pintaron en la Argentina durante el siglo diecinueve. En la actualidad, prepara una serie televisiva sobre lugares históricos de su país.



INÉS MURAT

Historiadora franco argentina. Publicó en Francia cinco libros sobre la historia de Francia. Varios de ellos premiados por la Academia Francesa y traducidos por Universidades estadounidenses. Se destaca la biografía de su antepasado Colbert, el gran ministro del Rey Luis XIV. También escribió varios artículos para la revista de historia de Francia. En 2008 el gobierno francés le otorgó la Legión de Honor para el conjunto de su obra.

1889-1939
ARGENTINA
LOS AÑOS DORADOS

ALBERTO DODERO INÉS MURAT

ÍNDICE

| | | | |
|------------------------------------|-----|-----------------------------------|-----|
| I. PREFACIO | 7 | | |
| ALBERTO DODERO | | | |
| II. PRÓLOGO | II | | |
| PRINCESA NAPOLEON MURAT | | | |
| III. INTRODUCCIÓN | 17 | | |
| PHILIPPE CROS | | | |
| | | | |
| I. LOS ESTADISTAS | 20 | 9. EL CENTENARIO | 214 |
| MARÍA SÁENZ QUESADA | | FÉLIX LUNA | |
| 2. LAS ESTANCIAS | 36 | 10. LA GRAN GUERRA | 232 |
| MARÍA SÁENZ QUESADA | | PRINCESA NAPOLEON MURAT | |
| 3. LAS RESIDENCIAS DE BUENOS AIRES | 66 | II. EN BUENOS AIRES COMO EN PARÍS | 246 |
| ERNESTO SCHOO | | PRINCESA NAPOLEON MURAT | |
| 4. EL VIAJE EN BARCO | 108 | 12. PARÍS DESPUÉS DE LA GUERRA | 264 |
| ERNESTO SCHOO | | PRINCESA NAPOLEON MURAT | |
| 5. PARÍS EN LA BELLE ÉPOQUE | 128 | 13. LOS CASAMIENTOS | 282 |
| PRINCESA NAPOLEON MURAT | | PRINCESA NAPOLEON MURAT | |
| 6. LA EMPERATRIZ EUGENIA | 154 | 14. LA ERA DE ALVEAR | 300 |
| ALBERTO DODERO | | ERNESTO SCHOO | |
| 7. BIARRITZ | 172 | 15. LA DÉCADA DEL 30 | 322 |
| PHILIPPE CROS | | ARQ. JOSÉ MARÍA PEÑA | |
| 8. MAR DEL PLATA | 192 | 16. EL SERVICIO DOMÉSTICO | |
| FRANCIS KORN | | Y OTROS MENESTERES | 344 |
| | | PRINCESA NAPOLEON MURAT | |
| | | 17. LOS VISITANTES ILUSTRES | 356 |
| | | FRANCIS KORN | |

PREFACIO

ALBERTO DODERO

Este libro es el fruto de un largo trabajo en archivos, bibliotecas, museos y colecciones, así como la evocación de los recuerdos de una gran cantidad de gente. Lo emprendí como una tarea de rescate de la memoria visual del país radiante que fue alguna vez la Argentina, una cualidad que los avatares de la historia hicieron que se perdiera. Sin embargo, no se perdió el material con el que esa época puede reconstruirse en un libro. Bastó algo de empeño y curiosidad para seguir las pistas, y así, un tesoro de fotografías, pinturas y documentos de todo tipo comenzó a aparecer y acumularse, lo que hizo difícil la tarea de selección.

Las sucesivas etapas de decadencia y retroceso, de olvido y desdén, han terminado por volver fabulosa esa época del pasado. Cuesta creer que hayamos tenido tanto y tan bueno. Las nuevas generaciones, en el vértigo de un presente de constantes crisis, ignoran casi todo del pasado y nos imponen la responsabilidad de hacerles conocer y apreciar lo mejor de nuestra historia.

Sin embargo, más allá de mi intención de realizar un trabajo objetivo y sistemático, fue un sentimiento profundo el que me impulsó a iniciar esta tarea y poder llevarla a cabo. Ese sentimiento se encarna en la figura de mi abuela, a la que dedico este libro: ella preside este trabajo, como presidió buena parte de mi vida. Tuve la fortuna de recibir de ella el aprendizaje de una tradición rica y viviente. Así como otros niños crecieron escuchando cuentos infantiles, yo crecí recreándome con las historias de la Gran Argentina en la que había transcurrido la juventud de mi abuela. El legado que ella depositó en mi mente infantil fue no sólo un tesoro de historias y personajes, sino —lo que es más importante— el clima y la añoranza de nuestro país hace cien años: la solidaridad y el progreso, la confianza y la seguridad en el futuro, la Gran Aldea que era Buenos Aires, en la que todos se conocían. Se trataba de un mundo de poca gente, donde reinaban la confianza y el respeto. No se podía asustar a los niños con “el vigilante de la esquina” para que se portaran bien o tomaran la sopa, porque ellos conversaban con el vigilante al volver de la escuela y eran sus amigos. Era una ciudad sin amenazas, donde los ciudadanos respetaban a los gobernantes por el conocimiento que tenían de ellos, lo cual creaba una perfecta transparencia en las vidas y los negocios de todos.

Reflejo inevitable de ese respeto fue el que mostraba el mundo por la Argentina. El país había quemado etapas desde la época de las guerras internas y la tiranía de Rosas. Pasadas unas pocas décadas, la Argentina de las boleadoras y los caudillos se despertó un día como una nación organizada, de instituciones firmes, con la que las potencias trataban de igual a igual. Dos generaciones bastaron para que un conjunto de políticos, diplomáticos y empresarios negociaran para la Argentina un puesto entre las primeras naciones del mundo. Lo hicieron respaldados en la riqueza que producía



PÁGINA OPUESTA Carmen Christophersen Alvear, luego señora de Dodero, posando para la estatua que le realizó el conde de Lovatelli, conocido escultor italiano. Roma, 1913.
ARRIBA Carmen Christophersen y su esposo, Alberto Dodero, llegando a un almuerzo en París. Septiembre de 1919.

el “granero del mundo”, pero lo sostuvieron con cultura, distinción y gran inteligencia. La elevada callidad humana de la dirigencia se daba no sólo en el ámbito nacional, sino también en los gobernadores de provincia, en los intendentes de ciudades y pueblos del interior, en todos los funcionarios.

La cara visible de la riqueza, que se hizo legendaria, fueron los estancieros dispendiosos que asombraban a Europa con su tren de vida y que no pocas veces dieron pie a la sátira del “rastacue-ro” o el nuevo rico. Sin embargo, ése fue un mal menor, explicable en términos de aprendizaje y de lo acelerado de la evolución. Por otra parte, esas fortunas no siempre se emplearon en lujos: los viajeros también adquirían libros y obras de arte, contrataban a arquitectos e ingenieros, visitaban teatros y museos. En las ferias mundiales que empezaron a realizarse a fines del siglo XIX, la presencia argentina deslumbraba siempre; de allí que no puede asombrar que el país se volviera un destino soñado para la inmigración.

La cuantiosa renta marginal que producía el campo dio lugar a mucho gasto superfluo, aunque casi nunca frívolo. El patrimonio arquitectónico del país quedó como testigo de esta abundancia, al igual que las colecciones de arte y, sobre todo, el refinamiento de la sociedad y el nacimiento de la cultura moderna. El campo no era sólo fuente de riqueza, sino lugar de trabajo, asumido con una constancia que no era nunca desmentida; en los entreactos de la ópera los caballeros se reunían a hablar del mejoramiento de las razas bovinas o de la mecanización de las tareas agrícolas. En Europa no sólo se compraban joyas, sino también toros campeones.

Y más allá de los festejos de París o de Londres, los viajeros argentinos hacían algo que los justificaba de cara al país: volvían. Volvían educados y trayendo siempre lo mejor. Lo mejor se volvió una buena costumbre argentina. Todo empezó a hacerse en grande y para que perdurara. Esa voluntad se tradujo, por ejemplo, en edificios públicos y privados de una magnificencia que no volvió a repetirse y que ha quedado —cuando ha quedado, porque nuestro respeto por el pasado es deficiente— como prueba de un espíritu de solidez y permanencia, del que también son manifestaciones las instituciones, la cultura y la sociedad. Nada que no fuera lo mejor era lo bastante bueno para los argentinos de aquel entonces.

Esta Argentina de la excelencia es la que he querido mostrar en este libro. Mostrar más que contar. Los historiadores y memorialistas la han contado largamente y desde perspectivas distintas e incluso contradictorias. Por fortuna, existe un abundante registro de imágenes que nunca hasta ahora se ha sacado a la luz de modo sistemático. De estas imágenes se desprende cierta idea de la Argentina que el relato histórico no ofrece y que hoy, aun después de haber leído todos esos relatos, sigue sorprendiendo.

He ubicado el escenario en un tránsito: “entre París y la estancia”. París fue el modelo, simplemente porque no había otro mejor. La capital francesa fue durante todo el siglo XIX —y siguió siéndolo en buena parte del siglo XX— el centro cultural y político de Occidente. Su historia, sus artistas y su refinamiento se volvieron un mito que atrajo a los argentinos, aunque no de manera exclusiva, porque también hubo familias que mandaron a sus hijos a formarse en Inglaterra o Alemania. El otro extremo es la estancia, fuente de la riqueza y su símbolo. Hacia el 1900, las viejas estancias ganaderas, que en sus inicios habían sido casonas criollas de galerías y montes de frutales, se transformaron en soberbias mansiones con parques de cuidado diseño. Allí, durante los veranos, se desarrollaba una vida palaciega y, a lo largo de todo el año, se actualizaban sin pausa

los métodos de trabajo. Las carnes y los cereales argentinos conquistaban los mercados del mundo: el producto argentino tenía un valor agregado por su mera procedencia. De las estaciones intermedias en las que me he detenido, la primera —por supuesto— es Buenos Aires, la altiva capital donde, debido a la competencia entre familias, proliferaron los palacios, que, a su vez, abundaron en obras de arte y se poblaron de visitantes extranjeros: políticos, pensadores y artistas. La ciudad fue sede de los festejos, inigualados, con los que se celebró el Centenario. Su intensa atracción se hizo sentir en todas las latitudes: viajar a Buenos Aires era un imperativo al que pocos se resistían, y la ciudad respondía con su riqueza, su elegancia y su cosmopolitismo. Era una Babel de idiomas y nacionalidades, pero sin perder el ritmo plácido de una convivencia en la que reinaba la bonhomía. Por otra parte, las colectividades habían creado sus sociedades y clubes, que llegaron a darle al país una variedad cultural con escaso parangón en el mundo.

La sucursal veraniega de Buenos Aires fue Mar del Plata, y en este caso la documentación, por nostálgica, se hace más necesaria, pues del esplendor arquitectónico de ese balneario ya casi no quedan rastros. Mucho fue arrasado por un progreso mal entendido y una democratización que podría haberse desarrollado sin tanta destrucción.

Mundos perdidos el de la Buenos Aires afrancesada, el de las grandes estancias, el de la Mar del Plata dorada; símbolos de una nación floreciente en la que había posibilidades para todos y el progreso era una rutina cotidiana.

Otro rito de paso, menos conocido y del que he reunido imágenes sorprendentes, es el transatlántico. Un mundo perdido, reemplazado por los mezquinos espacios claustrofóbicos del avión. Acostumbradas a hacer del mundo su casa, las familias argentinas no renunciaban a sus costumbres al embarcarse, ni cedían en sus exigencias. Al comprar el pasaje, las señoras se hacían mostrar la lista de pasajeros, y su exhaustivo conocimiento del prójimo les dictaba la conveniencia de viajar en ese barco o en el siguiente. Muchos matrimonios se concertaron en altamar, muchas amistades se afianzaron, aunque también había gente que era mejor evitar. En los barcos se vivía con todas las comodidades que podía ofrecer la época. La civilización misma viajaba en ellos.

En realidad, se trataba de eso: de un trabajo de civilización. Los argentinos —y en especial los “porteños” y rioplatenses—, después de todo, eran europeos trasplantados, y el trasplante había dejado mucho sin hacer. A esa tarea de completar y perfeccionar se entregaron varias generaciones de criollos, una vez pacificado y organizado el país, hasta lograr una fusión de lo mejor de los dos mundos.

Bautismo de Carmen Christophersen (Carmenza), celebrado el 7 de julio de 1889. Entre los asistentes, los padres de la bautizada y los padrinos, Josefina de Alvear de Errázuriz y Andrés Christophersen. Como parte de la concurrencia vemos a Pedro Christophersen Alvear (hermano), Diego de Alvear, Virginia Saguier de Zemborain, Lázaro Elortondo, Mercedes de Alvear, Rosario Juárez Celman, Miguel Alfredo Martínez de Hoz, Samuel Hale Pearson, Elisa Alvear de Bosch, Eduardo Martínez de Hoz, Isabel Elortondo de Martínez de Hoz, Carlos Christophersen, Carlos María de Alvear (Charló) y Federico de Alvear (Fred). Colección particular.

